David, estrella de Israel

David, estrella de Israel

Antonio Aradillas

Vision Libros

David, estrella de Israel
© Antonio Aradillas
© Editorial: Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-854-8
Descargado de www.visionlibros.com

Diseño base cubierta: Marian González,
reflejandoelazul@visionnet.es

Maquetación: Noelia Carretero
noelia@visionnet.es

Distribuye y produce:
Distribución de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis, Local.
28029 Madrid.

Pedidos a: pedidos@visionnet.es
www.distribuciondigital.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida,
ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

Para Ángela María y Ernesto Juan
Franquet Aradillas.

DAVID, ESTRELLA DE ISRAEL
PRESENTACIÓN

David fue, es y seguirá siendo figura clave en la historia de la humanidad. Ésta lo atestigua concluyentemente tanto con símbolos de destrucción y de guerras como con emblemas y alegorías de paz. La guerra y la paz se apalabran y se citan alrededor del hexagrama conocido como "Estrella de David". Así fue, es y será. Cualquier visión del mundo actual que prescinda de David y de su estrella resultará incomprensible y rudimentaria y se malogrará.

David es el hombre de todos los tiempos. Interpreta y representa a la humanidad tal y como ésta es; buena y mala a la vez. David no muere jamás. No cabe en túmulo alguno. Quedaría siempre insepulto. Encarna la virtud y el vicio, lo noble y lo adyecto. Y lo hace, y lo hará, como personaje real e histórico, y jamás como ente de ficción. Es un hombre con historia, y ésta está al alcance

de quienes quieran enterarse de la verdad de los hechos. Aunque su vida se desenvolvió en coordenadas de teología y de misterio, tal circunstancia no le robó nada de humanidad. Aun más, se la acrecentó. David fue todo un hombre, por ser un hombre de Dios.

David fue unificador de su pueblo. Campean en él su espíritu de iniciativa, perspicacia política, ánimo generoso, sentimental y caballeresco y su ideal religioso determinante en su vida. David fue también y al mismo tiempo, sensual y cruel, indulgente en exceso con los suyos, apasionado y violento, fervoroso y asceta, místico enamorado de ideales muy altos, pero proclive a despeñarse con frecuencia en las más profundas miserias.

David fue poeta y músico. Su historia íntima la escribió él mismo en sus salmos. Es el poeta nacional de los hebreos. Sus manos le proporcionaron a la honda un impulso feroz contra el filisteo, y a la vez escribieron con variedad de metro y tañeron laúdes, címbalos y arpas. A sus cantos-salmos la Iglesia califica, reconoce y proclama litúrgicamente como "palabra de Dios". El alma de David fue y es arpa permanentemente tensa que se hace música ante cualquier soplo de belleza natural y suceso histórico o religioso. Cuando el espíritu de Yahveh insufla sobre él nos transporta a las altas regiones del misterio donde Dios tiene su morada.

A David, –como hombre y como rey– lo define cabalmente su condición de ser "tipo" del Mesías. Sus victorias anuncian las que el Mesías, lleno del espíritu que reposa sobre el hijo de Isaí, alcanzarán sobre la injusticia. A partir de David, la alianza de Dios con su pueblo se establecerá y se construirá a través de su rey. Por la victoria de su resurrección cumplirá Jesús las promesas hechas a David y dará sentido a la historia. David, llamado por Dios y consagrado por la unción, es el "bendito" de Dios al que este mismo Dios asiste con su presencia y lo hace prosperar en todas sus empresas. Así lo confiesa el texto sagrado: "Por donde quiera que iba, le daba Yahveh la victoria".

Encargado como Moisés de ser "pastor de Israel", hereda David las promesas hechas a los patriarcas, con mención sobresaliente para la de poseer la Tierra Prometida, cuya conquista definitiva es coronada con la de Jerusalén que será conocida y reconocida como "La Ciudad de David", en torno a la cual se fragua la unidad de las tribus. Entre los muros de Jerusalén, David y la Casa de Israel formarán desde entonces un solo pueblo en torno a su Dios.

Por desgracia son muchos los que olvidan esta promesa y su consecuente inserción y desarrollo en la historia. En el mismo contexto de contradicciones tan arcanas es ur-

gente descubrir y asumir que la religión de David se fundamenta en la espera de la hora de Dios, actuando en conformidad con el modelo bíblico de los "pobres" que se abandonan en sus manos, con la certidumbre y confianza sublimes que da esperarlo todo de Él.

David es depositario de la promesa de Dios de perpetuar la alianza con su pueblo y no mediante la construcción del templo que después erigiría su hijo Salomón, sino asegurándole descendencia eterna. Cristo es, y se llama, "Hijo de David", título mesiánico que jamás fue rehusado por Él y que encarna el "retoño de la raza de David que aguardan e invocan el Espíritu y la Esposa" en conformidad con el libro sagrado del Apocalipsis.

Es conturbadora la carencia de conocimientos que se registra en la actualidad acerca de la figura de David y de la estrella con la que se identifica y que a su vez define al Estado de Israel. Pretender interpretar la historia actual y sus contingencias, con tan amenazadoras noticias que se nos proporcionan, haciéndolo al margen de David, resultaría empeño vano y suicida. David y su estrella siguen, y seguirán siendo, referencias ineludibles para explicar, comprender y descifrar también la historia actual. Cerrar los ojos a tanta evidencia equivaldría a no ejercer de personas.

Al decidirme a afrontar el tema, entre la variedad de posibilidades que se me ofrecían, preferí colocar a David en el centro del cuadro y prestarles atención personalizada a quienes se relacionaron con él. David no estuvo solo jamás. Vivió y convivió con muchos. David no fue uno sólo. David fue muchos, es decir, pueblo.

David, al igual que otros seres humanos, fue también lo que fueron los demás, y lo que estos le ayudaron o desayudaron a ser. Es preclara condición de la persona por persona, principio o fundamento de toda actividad responsable. Y es que David fue hombre y hombre de Dios.

David es estrella -hexagrama- compuesta de dos triángulos equiláteros que se entrelazan. La estrella es luz y misterio y referencia tangible e infinitud. Es parpadeo y quietud y encandilamiento y afinidad, noche y esperanza, anuncio y revelación, confidencia, informe y noticia... En la estrella-hexagrama de David descubren los antropólogos que el triángulo que señala hacia abajo representa la sexualidad femenina y el que señala hacia arriba la sexualidad masculina, por lo que su combinación simboliza unidad y armonía. "Fuego" y "agua" en el lenguaje de la alquimia, están asimismo representados en los dos triángulos, con lo que se expresa la indispensable conciliación y reconciliación de

los opuestos, lo que como alcanzable esperanza quiero que por encima de todo aliente, estimule y conforte la lectura de este libro.

Ilustra mucho tener bien presente para la mejor interpretación del texto, el dato de que, cuando el 14 de mayo de 1948 se estableció con legalidad el Estado de Israel, la "estrella de David" sobre el fondo blanco se convirtió en su símbolo oficial y en bandera nacional.

I
SAMUEL

Samuel es lo que es su palabra.

La "palabra" es el concepto cabal que define a Samuel.

Es profeta. Es palabra viviente de Dios. "Profeta" quiere decir: el que habla por otro; en nuestro caso, por Dios.

Vocacionalmente, Samuel no se pertenece, por tanto, a sí mismo. Se pertenece por entero a Dios y a los hombres.

Su vida es una *palabra* constante y sagrada que Dios pronuncia en él y por él a su pueblo.

Ser "palabra" de Dios constituirá la tragedia y la gloria del profeta Samuel.

Samuel nació religiosamente a la historia de la propia palabra de Dios: *"Heme aquí, pues me has llamado..." "Habla, Señor, que tu siervo escucha."*

No hace ya falta resaltar que todo es misterioso siempre en torno a Samuel.

Hace unos días que se ha puesto en camino en dirección a Belén.

"Llena tu cuerno de óleo y ve", ha sido la orden tajante de Dios.

Y ahora se aproxima a la ciudad por momentos. La ve en lontananza.

Samuel va recorriendo despaciosamente el misterioso camino de Dios, a través del recuerdo cercano de sus propias palabras y de sus propios hechos.

Ve a lo lejos a Helí y a Ofni y Fines, sus hijos... Repasa las batallas que el pueblo de Israel-cuando era más niño-sostuvo con sus pueblos vecinos... Considera las misericordias de Dios y la prevaricación de su pueblo, ya crecido y adulto.

Pero en estos instantes le martillea en la sien el recuerdo de aquel joven Saúl, de la tribu de Benjamín, el cual, en un día ya bastante lejano, se le acercó buscando unas asnas extraviadas, propiedad de Quis, su padre, y Dios fue tan complaciente con él, que hizo que encontrara las asnas y, además, un reino.

Lo había ungido él mismo como primer rey de Israel.

Y hace tan sólo unos días ha oído de labios de Dios estas terribles palabras: *"Estoy arrepentido de haber hecho rey a Saúl, pues se aparta de* Mí y *no hace lo que digo."*

Y él mismo-como siempre Dios en él y por él-, ha tenido que espetarle al ungido de Dios esta frase: *"Pues tú has rechazado el mandato de Dios, El te rechaza a ti como rey..."*

Samuel tiembla, como tiembla la palabra en los labios nerviosos del hombre...

Ha pasado la noche luchando a brazo partido con Dios, intentando arrancarle el perdón para su ungido Saúl... Y no ha sido posible. Dios no está dispuesto a perdonar esta vez.

En su andar se le nota a Samuel el esfuerzo que ha realizado esta noche. Camina somnolientamente.

Se cerciora otra vez de que el cuerno está lleno hasta arriba de óleo sagrado y, al entrar en Belén, pregunta por la casa de Isaí y se dirige hacia ella.

Siente que es más apremiante que nunca el mandato de Dios. De aquella casa ha de salir ungido el futuro rey de Israel. El sucesor de Saúl...

Isaí, purificado antes con el ayuno y con el agua lustral, como todos los que estaban presentes, hace pasar a sus hijos por delante del profeta, a requerimiento de éste.

La escena es oscura y solemne. Nadie de los que allí se han reunido sabe a ciencia cierta lo que va a realizarse.

Pero todos presienten el misterio actuante de Dios, con una seguridad asombrosa.

El profeta –hecho un ascua de luz– mira hieráticamente, preescrutando las profundidades más íntimas de los que pasan por delante de él, en estos instantes, a la espera de sentir en sí mismo el escalofrío de Dios que le dé a conocer claramente que esta determinada persona es la ungida para rey de Israel...

Y pasó Eliab y Abinadab y Sama...

Le pareció a Samuel sentir ante Abinadab el estremecimiento de Dios, ya que su figura prócer y los rasgos de su fisonomía ennoblecida parecían acusarlo y se hizo necesario que Dios hablara así al profeta: *"No tengas en cuenta su figura y su gran talla, que Yo le he descartado. No ve Dios como el hombre; el hombre ve la figura, pero Dios mira al corazón."*

Al más pequeño, a David, no se había molestado su padre en llamarlo.

Pastoreaba el ganado. Era poco más que un niño. Pero Samuel no está dispuesto a sentarse a comer, hasta que no llegue David.

Y David llega. *"Era rubio, de hermosos ojos y bella presencia."*

Samuel siente sobre sí la acometida apremiante de Dios, no le da tiempo a dudarlo siquiera... y unge a aquél joven por rey de Israel.

El óleo sagrado se adentra solemnemente por el cuerpo y el espíritu del joven David y las bendiciones de Dios bañan su alma de felices promesas.

Todo es oscuridad y misterio.

Los personajes se miran entre sí y no se atreven a hablar.

Puede llegar la noticia a conocimiento de Saúl y castigar aquella transgresión de su ley...

En la intimidad familiar se celebra el banquete.

El Espíritu de Yavé ha hecho su nido en David.

La prudencia, la fortaleza, la magnanimidad, el don de profecía, la misma habilidad para la poesía y la música..., todo lo que será distintivo específico en David, tiene su orto en estos instantes.

Estamos asistiendo al nacimiento psicológico de esta figura.

Samuel ha sido, una vez más, el instrumento de Dios. Su *palabra* viviente y su mensaje real.

Es tarde y ha de dirigirse a Rama.

Belén va quedando, poco a poco, detrás del ribazo.

Está lejos Rama.

Vuelve solitario. Como había venido.

Pasado algún tiempo, la Pitonisa de Endor-ya muerto Samuel-, lo hará presente a Saúl *"como un anciano que sube envuelto en un manto: como un dios que se eleva de la tierra..."* Exactamente lo mismo.

Saúl estará siempre viendo a Samuel, aunque cierre apretadamente los ojos.

David sentirá toda la vida en su cuerpo el óleo sagrado que derramara Samuel, como un aluvión de consagración y de paz.

Tampoco olvidará aquellos ojos luminosamente profundos del profeta de Dios que un día se acunaron sobre sí, ungiéndolo por rey de Israel.

II
ISAI

Yo creo que Isaí temía que le llegara la hora de Dios a su hijo David.

El la preveía desde hacía muchos años.

Sí, todos sus hijos eran gallardamente arrogantes y la figura de cada uno de ellos, sin lugar a excepción, era marco acabado para un serial de grandezas militares o políticas que, al menor requerimiento de las circunstancias del pueblo de Dios, podían desglosar unas posibilidades sin límite...

Pero todavía era mucho más excepcional David, su hijo menor.

Lo sabía Isaí.

Por eso, cuando Samuel hizo misteriosamente acto de presencia en su casa y le pidió que hiciera pasar delante de sí a todos sus hijos, Isaí rehuyó, de momento, llamar a David, ante el temor de que la hora de Dios estuviera cercana.

Pero Dios es irresistible y el viejo Isaí no tuvo más remedio que enviar un mensajero a sus campos en los que pastoreaba David a decirle que se presentara inmediatamente en la casa.

"David era rubio, de hermosos ojos y bella presencia."

Un caso raro en todo el Oriente, en donde todos tienen el pelo negro y morena la tez. Una excepción de la regla.

Su pelo rubio era del color del león.

Un color de torbellino y de fuego. De aluvión y de llama.

Se diría que David había arrebatado el color al rey del desierto, cuando más de una vez tuvo necesidad de enfrentarse con alguno de ellos y, con sus manos hercúleas, desquiciarle las quijadas cortantes...

David, desde niño, había sido un ser de excepción. Isaí lo sabía.

Tenía una seguridad absoluta en que era él, precisamente él, a quien buscaba el profeta Samuel.

Lo sabía y, a la vez, lo temía.

Eran los designios de Dios.

Isaí tuvo, por fin, que entregarse y entregar a su hijo en sus manos.

Pertenecía irremediablemente al pueblo. Le pertenecerá como futuro rey de Israel. Con toda su tragedia y con toda su gloria.

Isaí o Jesé, como también se le llama bíblicamente, es poco más que un honrado padre de familia numerosa de entonces.

Dios bendijo su hogar con ocho retoños.

Al primero llamó Eliab, y David al último.

Una familia sin relieve alguno hasta el momento preciso en que Samuel, por mandato de Dios, llegó a su casa en Belén y mandó que hiciera pasar a sus hijos delante de él, para ungir al elegido de Dios.

Hasta entonces, nada extraordinario había acontecido en aquella familia.

Su padre, Obed, hijo de Rut y Booz, había aprendido en los brazos de la piadosa Noemí a amar al Dios de Israel sobre todas las cosas y en su casa se conservaron las tradiciones del pueblo de Dios lo más religiosamente posible.

Pastoreó el ganado en sus años primeros y, hasta que sus hijos fueron creciendo y tuvieron edad de luchar contra los enemigos del pueblo, pastorearon también por los campos que circundaban Belén.

Isaí es un hombre esencialmente sencillo.

Liso y llano como el campo betlemita. De una sencillez cautivadora e ingenua.

El rey Saúl muestra un día sus deseos de que David vaya a su palacio real para que su melancolía pueda ser desterrada al son de su arpa, e inmediatamente se pone Isaí en camino llevando a su hijo, no sin antes haberse percatado de enjamelgar un asno y cargarlo con diez panes, un odre de vino y un cabrito como obsequio al rey de Israel, accediendo a que permanezca su hijo a su servicio todo el tiempo que sea necesario.

Bien que sabía Isaí que las notas del arpa de David templarían los nervios reales y habrían de neutralizar su tristeza.

Más de una vez había sentido él mismo y toda su casa el beso de quietud y de gozo interior que había brotado melodiosamente del arpa de su hijo pequeño acariciada por sus manos de espuma...

Unas manos que se tornaban de hierro a la hora de descuartizar alguna alimaña para arrancarle de sus fauces la oveja o unas manos a las que les brotaban alas para lanzar a lo lejos una piedra redonda del río.

Isaí, hace ya algún tiempo que no tiene noticias de sus hijos mayores que guerrean contra el filisteo en el valle del Terebinto y envía allá a su hijo pequeño.

"*Toma* —le dice— *ese efá de trigo tostada y esos diez panes y corre al campamento donde están tus hermanos; lleva también esos diez requesones para el jefe de su millar. Visita a tus hermanos para ver cómo están y les preguntas si quieren algo.*"

David obedece en seguida.

Deja las ovejas al cuidado de otro pastor y, cargado con lo que le había mandado Isaí, al alborear, se dirige hacia donde estaba acampado el ejército del pueblo de Dios.

¡Qué gesto tan paternal el gesto del viejo Isaí! Teme que el filisteo haya clavado su dardo en el cuerpo de algún hijo suyo y necesita noticias directas.

No le importa exponer a David.

Sabe que su prudencia lo escuda.

¡Qué grandes serían y con qué gusto haría cuajar aquellos diez requesones que mandaba al tribuno de sus hijos, como un precio al buen comportamiento de éste con ellos y también-¿por qué no?-como un reclamo a nuevos y posibles favores...!

¡Con qué gozo los transportaría David, pensando en colocarlos delante de aquella jerarquía militar...! ¡Qué sabrosamente regustarían sus hijos el rubio trigo tostado en la casa paterna...!

Isaí espera impaciente las noticias personales del hijo.

Estas tardan más del tiempo previsto.

Teme y se intranquiliza.

Es viejo y tiene mucha dificultad en moverse.

En Belén habla la gente, aterrada, de un filisteo blasfemo y gigante llamado Goliat que invita grotescamente al pueblo de Dios e incita a uno cualquiera del ejército de Israel a medir sus armas con él.

Isaí no puede rechazar de su mente el recuerdo de su hijo David.

Sabe que es un ser de excepción. Teme y confía. Un escalofrío le recorre el cuerpo tembloroso de arriba abajo y de abajo arriba.

Espera noticias. Tardan. Tardan más todavía.

Llega un mensajero corriendo.

La gente diría que ha llegado en alas del viento...

Sí, cierto, cierto... Es cierto...

Un chinarro redondo disparado con fuerza por la honda de David se ha incrustado en la cabezota inmensa de Goliat el gigante.

Ha vencido el pueblo de Dios.

Se ha salvado su honor.

Con la cabeza en la mano izquierda y la espada sangrante en la mano derecha, David piensa en su padre Isaí.

Isaí lo presiente a lo lejos...

III
GOLIAT

El temor se reflejaba en el rostro de los soldados del ejército de Israel, acampados en las laderas del monte que arrancaba del valle mismo del Terebinto.

Desde allí se pudo ver distintamente, durante cuarenta días consecutivos, el corpachón inmenso de un filisteo de Gat, de nombre Goliat-tres metros de altura, de la genuina estirpe de los gigantes que otrora poblaron la tierra-, que *"cubría su cabeza con un casco de bronce y llevaba una coraza escamada de bronce también de cinco mil siclos de peso, que a los pies llevaba botas de bronce y a las espaldas un escudo, también de bronce, que el asta de su lanza*

era como un enfullo de un telar y cuya punta era de hierro y pesaba seiscientos siclos" y que invitaba fanfarronamente a cualquiera de los hijos de Israel a entablar con él un combate que decidiera, en definitiva, la suerte de los dos ejércitos...

La tierra temblaba a sus pies.

Los chinarros del valle lamidos por las aguas del río gritaban aparatosamente "gras", "gras", cuando los pisaba, en su paseo diario provocando a los hombres del ejército de Saúl.

Un sonido que se atornillaba en el recuerdo de todos aquellos soldados.

Saúl ha hecho promesas espléndidas-Merob, su hija mayor, será también parte del preciado botín-al soldado de su ejército que llegara a vencer al de Gat.

Los soldados entre si, se animan. Hacen planes. Afinan las lanzas. Hacen pruebas.

Alguno está ya decidido...

Se lo va a comunicar a su jefe...

Pero todo cae irremisiblemente a tierra, cuando a la otra orilla del valle aparece puntualmente el gigantón filisteo diciendo: "Yo arrojo este reto al ejército de Israel: dadme un hombre y lucharemos."

David ha sido testigo de una de estas escenas.

De parte de su padre había ido a llevar a sus hermanos mayores el efá de trigo tostado y al jefe de ellos, los diez requesones.

Al oír el reto, se le cubrió su rostro de oprobio.

Le saltó la sangre en el cuerpo...

Le supo a sangre de león y de oso la boca...

Se vio las manos rojas, muy rojas...

El cuerpo se le fue adelante, en dirección al campamento enemigo. Tuvo que hacerse violencia y clavar sus pies en la tierra...

Saúl estaba dispuesto a agarrarse a un clavo ardiendo.

En seguida que llegaban a sus oídos las noticias más leves de que, por fin, alguno de sus servidores estaba dispuesto a enfrentarse al de Gat, lo llamaba a su presencia y le ofrecía toda clase de facilidades.

Pero a David le sobra el casco de bronce y la coraza y la espada personal que le ha dado Saúl.

Le sobra. Más, le estorba toda aquella quincalla.

Con aquello, no puede moverse siquiera.

Se ve raro, muy raro.

David no es David, así trajeado.

"No puedo andar con estas armas, no estoy acostumbrado", dice con la sencillez más noble.

David –con la misma ingenuidad y nobleza– sale al paso de la dificultad de Saúl : "*Dios, que me libró del león y del oso me librará también de la mano de este filisteo. Porque ¿quién es este incircunciso que ha insultado al ejército del Dios vivo...?"*

David ya es David.

Coge su cayado, se cuelga a la bandolera su zurrón de pastor y con la honda en la mano derecha se dirige al valle.

No lleva más armas. Todas las armas le sobran. Lleva fe. Mucha fe. Muchas montañas de fe.

"Tu vienes contra mí con espada, lanza y venablo, pero yo voy contra ti en el nombre de Yavé Saboot, Dios de los ejércitos de Israel a los que has insultado", le dirá en seguida al de Gat, que se reirá a mandíbula batiente cuando lo vea tan pequeño y tan inerme.

Del mismo lecho del río elige cinco chinarros muy lisos.

Los elige despaciosamente. Uno a uno.

Les quita la tierra que tengan pegada. Los limpia. Que no sean redondos del todo, para que puedan acomodarse mejor a la honda...

Ya todo está preparado.

Se acerca el gigante.

A los que sólo ven la escena por fuera, les parece una escena grotesca.

Eliab, el hermano mayor de David, rechina los dientes y maldice la hora en que a su padre Isaí se le ocurrió mandar al hermano pequeño a llevarles los panes y el trigo tostado...

Los demás soldados esperan ya, de un momento a otro, que el gigante cosa a la tierra, a golpe de lanza, el cuerpo del joven y se van preparando a la fuga...

A Goliat le cae en gracia la figura del joven David. *"¿Crees que soy un perro, para venir contra mí con cayado...?"*-le dice hombrunamente, después de haberlo despreciado, con la mueca exacta del hombre que desprecia a otro hombre, que lo cree menos hombre o no hombre, por el hecho de *"ser muy joven de blondo y bello rostro",* como era David.

Se ve que el filisteo no había tenido tiempo de conocer a Aristóteles, que no hacía radicar la fuerza interior de los hombres precisamente en los rasgos fisonómicos de la cara, pero que a los de cabellos rubios los creía poseedores de esa agudeza penetrante que tienen los rayos del sol y de ese fuego sanguíneo que tiene el león, el rey del desierto...

Por eso el filisteo escupió a tierra tan despectivamente cuando vio a David.

El encuentro de David y el gigante es una lucha auténtica y terriblemente psicológica.

De ideas y de espíritu.

La lanza y la piedra serán lo de menos. Poco más que un reflejo externo tan sólo.

"Ven, que dé tus carnes a las aves del cielo y a las bestias del campo..." —dice el gigantón.

Y David replica: *"Hoy te entregará Yavé en mis manos; yo te heriré, te cortaré la cabeza y daré tu cadáver y los de los ejércitos de los filisteos a las aves del cielo y a los animales de la tierra."*

Las aves del cielo están al acecho.

Las alimañas del monte, con sus patas delanteras, repasan sus dientes...

La presa, no se sabe cuál será, pero está cerca. Cerquísima.

El filisteo se pone en marcha en dirección a David.

Es una máquina ingente. Se oye en los dos campamentos el ruido que hacen sus bronces.

Es cuestión de unos instantes brevísimos.

David se echa a correr hacia él.

Algunos soldados han visto cómo, rapidísimamente ha sacado del zurrón un chinarro cualquiera, lo ha colocado en la honda, se ha afincado en la tierra con el cayado que sostiene en su izquierda, le ha dado en el aire a la honda dos vueltas y ha sonado un ruido secarón en el valle que, para unos, es el restallido que ha hecho la honda, para otros es un golpe de bronces heridos y, para otros, es el golpetazo

que a la cabeza del filisteo le ha dado la piedra al clavarse tan dentro de ella...

El corpachón del gigante se desploma a tierra en estos momentos. El ruido es más fuerte.

David, que se había detenido al soltar la honda en espera de que diera en el blanco, corre hacia él.

Todavía no ha asomado a la frente el chorro de sangre.

Ahora mismo aparece...

No teniendo espada David, coge con las dos manos la de Goliat y le asesta al cuello dos golpes.

La cabeza grandota es descomunal. Es enorme.

Es un rico trofeo. Vale más que la misma hija del rey.

Vale lo que vale el honor de Yavé.

Los soldados de Israel *"levantándose y lanzando gritos de guerra, persiguen a los filisteos hasta la entrada de Gat y hasta las puertas de Acarón".*

Los buches de los pajarracos y de las bestias del campo se llenan abundantemente esta noche de carne de los filisteos.

El honor de Israel y de Dios están a salvo hoy.

Los ha salvado David.

De la mano de Abner, jefe del ejército, se presenta ante Saúl.

David, con una alegría desbordada y una nobleza de espíritu, le dice a su rey: *"Yo soy hijo de tu siervo Isaí, de Belén."*

IV
JONATÁN

"Cuando hubo acabado David de hablar con Saúl, el alma de Jonatán se apegó a la de David y le amó Jonatán como a sí mismo."

El término castellano "se apegó" y el equivalente latino que emplea la Vulgata "conglutinata est", constituye una auténtica definición de amistad.

Un esquema y una síntesis enjundiosa de este valor humano-divino tan encantador y tan positivo.

En la asignatura de la amistad, Jonatán y David serán dos profesores de talla. Serán prototipo acabado.

De tal manera que, cuando el hombre se encuentre en su camino afectivo con fallos posibles, podrá recordar que este binomio de amigos tiene fuerza más que sobrada para sostener la ilusión blanca de poder encontrarse algún día con ese regalo de Dios al mundo que se llama así: la amistad.

La amistad de Jonatán y David-es decir: la amistad, amistad-está desinteresadamente cimentada en una igualdad unitiva de afectos y de pensamientos.

No son dos almas. Son tan sólo una.

La palabra "se apegó" que emplea el texto sagrado, lo está reflejando.

Uno no se pertenece a sí mismo. Se debe al otro durante su vida y, si aconteciere la muerte, se deberá por entero al recuerdo de éste.

La amistad tiene una proyección intemporal y eterna.

La amistad "tipo" será el único término que pueda explicar satisfactoriamente las relaciones que existieron entre Jonatán y David.

¡Qué afecto le tenía Jonatán a su arco...!

En definitiva, Jonatán era eso: su arco.

Con él había guerreado años y años, disparando certeramente sus flechas contra el filisteo y, si era tan respetado y querido por